

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XVI. — NÚM. 721

Madrid, 11 de Abril de 1935

PRECIO: 25 CÉNTS.

CRÓNICA

De las palabras de Laburu, a los hechos de sus secuaces.

El padre Laburu se ha hecho famoso. Durante un mes su palabra cuaremal, radiada en toda España, ha sido objeto del comentario general.

No podrá quejarse el inquieto y locuaz jesuita de los progresos de la ciencia que tan bien le han servido para sus afanes propagandistas, ni podrá tampoco su Iglesia hablar contra el régimen republicano, que tanto ha execrado como si le hubiera sido adverso al ejercicio de la libertad cuando de modo tan liberal y condescendiente le ha permitido usar de la radiodifusión de sus doctrinas, mientras las demás ideas se hallan cohibidas bajo un régimen de rigurosa censura.

Bien. ¿Y qué ha dicho ese señor de transcendental a favor de las soluciones de los hondos problemas que nos agitan para que de tal modo se le haya facilitado la propaganda que a otros se condiciona y limita rigurosamente?

Hemos tenido ocasión de oír dos conferencias, las dos últimas de una serie y, por tanto, las que debían ser las más enjundiosas y definitivas, y francamente, estando acostumbrado desde muy joven a oír a los primates de la oratoria misionera católica, puedo asegurar que ni en el fondo ni en la forma ha dado el padre Laburu la sensación de un predicador serio, profundo, que merezca la importancia que se le ha querido otorgar con tan excepcionales facilidades. Sin desconocer, ni menos querer rebajar sus talentos, que indudablemente posee en no pocos aspectos de la cuestión religioso-social, hay que confesar que dista mucho de merecer la preferencia que se le ha concedido. Sus desahogos de palabra, que llegan a veces a lo chabacano y a lo irrespetuoso, la afectación y vanidad con que frecuentemente habla de sí mismo y de sus éxitos oratorios y las divagaciones que se permite, no menos frecuentemente, deshacen en gran parte los párrafos y conceptos más brillantes de sus peroratas.

Pero a nosotros, los evangélicos, lo que más nos duele es que este orador jesuita abuse de modo escandaloso de su gran facilidad de palabra y de la confianza de los oyentes para mixtificar la pura y sublime doctrina del Cristo en orden a la salvación del alma, con las absurdas doctrinas del papa.

Quiere el padre Laburu echárselas de conocedor y entusiasta del Evangelio y alardea de basar sus disertaciones en las enseñanzas del Divino Maestro, lo que indudablemente le predispone en su favor; pero usando y abusando del sofisma teológico-romano nos presenta a Cristo y a su Evangelio como responsables de las enormes desviaciones de la Iglesia católica en punto a la justificación del pecador.

Un ejemplo que vale por todos. En la última conferencia de las dadas por ese señor en la Iglesia de Santa María del Mar, en Barcelona, en que habló del perdón, hizo párrafos maravillosos (sí, maravillosos, no me recato en ponderarlos así, porque, en efecto, no se puede hablar mejor del Cristo perdonador y misericordioso que justifica y salva) describiendo la Parábola del «Hijo Pródigo», la curación del paralítico, el perdón de la adúltera, la conversión de Zaqueo y del buen Ladrón, pero... (el terrible pero que hace de la teología católica, el sistema doctrinal religioso más funesto) inmediatamente cambia de ruta y lleva a los oyentes y radioescuchas de lo más alto de la doctrina y obra de Cristo a lo más pequeño del dogma católico: «Pero como Cristo, dice, subió al cielo, ha dejado representantes suyos en la tie-

rra, los sacerdotes, que son los que tienen de Él toda potestad para perdonar y salvar. Al confesonario, pues, donde os esperan repartidos por las amplias naves del templo más de cien sacerdotes... ¡No se concibe disparate mayor! De-

modo que del lado allá de la cruz, todos pudieron salvarse directamente por Cristo; del lado acá del Calvario, los pobres pecadores han de contentarse con la salvación por medio de un hombre, pecador como los demás, porque Cristo desde el cielo ya no se ocupa de nosotros. ¿Puede darse mayor blasfemia?

Después de oír semejantes absurdos, que llenan de pena el corazón de un cristiano, no tenemos ni calma ni ganas de comentar las originales doctrinas religioso-sociales del padre Laburu. Con unos cuantos latiguillos contra los ricos y unos vulgares halagos a los pobres, cree ese buen señor que ya tiene resuelto el problema social, cuando todo el mundo sabe de sobra ya lo que es la sinceridad de la Iglesia romana tocante a esta delicada materia y a dónde va cuando deja a sus predicadores tocar tal registro.

Pero dejemos al orador de moda y pidamos a Dios que el pueblo español despierte a la voz dulcísima y penetrante del «Buen Pastor», del Predicador único que tiene palabras que son espíritu y son vida y que llama a todos a ser salvos por Él y solamente por Él.

Las derechas católicas y la política de indultos.

Es el escándalo del día. Unos señores ministros archicatólicos, que a todas horas nos hablan de religión, como del primer y más importante lema de su credo político, salen del Gobierno y rompen con todas las instituciones más altas del régimen por no querer indultar a un desgraciado reo de muerte. ¿Amor a la justicia? No. Mil veces y en millones de ocasiones y más recientemente en casos como éste transigieron con el indulto sin reparar en si era o no justo en el criterio que tiene el derecho político católico. Conveniencias egoístas y nada más...

Y piden sangre y más sangre en el tiempo que ellos llaman santo de Cuarema y cuando los padres Laburu andan por los pulpitos de España y valiéndose del más potente medio de difusión hablando ¡hipócritas! del perdón, y del amor, y de la religión del Cristo que acogió en su amante pecho a los más negros criminales... ¡Qué sarcasmo!

Y aquí ya no valen subterfugios ni explicaciones. Han quedado al desnudo, tales como son: caprichosos y oportunistas hasta cuando se trata de la vida sagrada de un semejante, crueles y vengativos aunque quede la religión pisoteada. ¿Qué les importa a ellos la religión ni sus preceptos más altos, como el «No matarás», si con la muerte de uno o de veinte pueden aniquilar a un partido que les estorba? ¿Qué vale para ellos la justicia si no sirve a sus intereses de secta? ¿Qué es, en fin, el amor, la piedad, la doctrina de Cristo, Cristo mismo, para esa gente que no tiene más amor que «a lo suyo», ni más piedad que la que les conviene, según las circunstancias, ni más Dios ni más Cristo que el que ellos imponen para dominar?

Y con sentimientos tan pequeños, ¿se atreverán a celebrar este año la Semana Santa pomposamente, con procesiones en que exhiban imágenes del Cristo crucificado que perdona a sus más

fieros enemigos y que muere por amor a los pobres pecadores?

¡Oh, Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen! Pero al propio tiempo que nosotros pedimos perdón para los que así ultrajan a la religión bendita del amor, esforcémonos, hermanos, en la Obra de la evangelización. Hoy más que nunca necesita España conocer al Cristo verdad y que se proclamen a voz en grito, si no nos dejan la radio, las verdades salvadoras del Evangelio, que son las únicas que pueden elevar a nuestra patria querida muy sobre las mezquindades de la pasión sectaria que está en-

turbiando tantas mentes y corazones y entorpeciendo todo problema...

AGUSTÍN ARENALES.

**ESTE NÚMERO HA SIDO
VISADO POR LA CENSURA**

EL SUFRIR DE CRISTO

Si algo hay en que de una manera clara y determinada se nos haga presente la diferencia entre Cristo y nosotros, ese algo es su pasión. Cristo, que sabe lo que ha de sufrir, que no ignora cómo ha de morir, y que lo anuncia a sus discípulos no con la serenidad del estoico, insensible al dolor, sino con la dulce amargura del sacrificio por amor, a ese Cristo ya no le seguimos con aquella docilidad y admiración del discípulo, sino que, o bien quisiéramos tomarle aparte, como el apóstol Pedro, para hacerle ver lo grave que es sufrir, o bien nos quedaríamos dormidos, en lugar de velar con él, y después, apenas comenzado su sufrir, le abandonaríamos, siguiéndole, acaso, de lejos. El Cristo que sufre no tiene imitadores, no puede tenerlos, porque su sufrimiento es expiatorio, es el sufrimiento que debiera haber aquejado a la Humanidad entera, y solamente Él podía soportarlo sobre sí. En enfermiza ingenuidad muchos santos han creído sufrir como Cristo, porque en sus manos se abrían heridas semejantes a aquellas que produjeron los clavos que sujetaron a Cristo a la cruz. Y llevados de mal entendida piedad, hay cristianos que se consuelan comparando sus lacerías con el sufrir de Cristo. Y hay, en fin, aun quienes creen poder corresponder al sufrir de Cristo por ellos haciendo ellos algo por Él. Puede que ninguna de esas tres actitudes sea mala; pero, o poco significa el sufrir de Jesús, o esas actitudes son totalmente falsas. Las carnes taladradas de Cristo y su sangre vertida a borbotones, son carne y sangre de Cristo, y porque lo son, ningún valor tiene que hombres muestren su carne y su sangre como don especial del cielo. ¿Y qué son nuestras penas, aun las más grandes; qué nuestros dolores, aun los más agudos; qué nuestros sufrimientos, aun los más agotadores, sino consecuencias del pecado en que estamos sumidos? ¿Cómo podemos atrevernos, pues, a comparar lo nuestro con lo de Cristo, que nunca tuvo pecado y que penó y tuvo dolores y sufrió precisamente por causa de nuestros pecados, sí, para salvarnos de ellos? Y en tercer lugar, ¿quién cree poder añadir o quitar algo a Cristo? ¿No es Él el Señor? ¿No está sentado a la diestra del Dios Padre? ¿No están todos sus enemigos puestos por escaño de sus pies? Los hombres estamos capacitados, con la voluntad de Dios, para hacer mucho, muchísimo, por nuestros semejantes, para ali-

mentarlos, calmar su sed y vestirlos, para apaciguarlos, consolarlos y ayudarles en todo momento y, eso sí, haciéndoselo a ellos, a Cristo se lo hacemos. ¡Pero no hacemos nada por Cristo, sino por nuestros semejantes!

El sufrir de Cristo es, pues, inimitable, incomparable e irrecompensable. Esto es; el sufrir de Cristo es único, porque Él era el Unigénito de Dios.

Cristo sufrió en obediencia, por amor. Era la voluntad del Padre que Él sufriera y asimismo era la voluntad del Padre la de salvar al mundo, porque lo amaba; y lo amaba de tal manera, que dió a su Hijo Unigénito: Cristo. Y Cristo, que era una sola cosa con el Padre, selló con su muerte el nuevo mandamiento del amor. Cristo obedeció, obedeció ocupándose ya de niño en las cosas de su Padre, obedeció venciendo las tentaciones de Satanás, obedeció desoyendo los consejos del apóstol Pedro, obedeció apurando el cáliz del dolor hasta las heces. Cristo amó con amor inimitable todo lo que los hombres odiaban: amó a pecadores y publicanos. Y los amó porque eran desgraciados. Por amor doctrinaba y curaba Cristo, por amor no daba descanso a su cuerpo ni dejaba turbarse su alma. Por amor se mostró manso y humilde de corazón y llamó a sí a todos los trabajados y cargados. A un amor tan grande, tan inmenso, correspondía una obediencia no ciega, sino serena, sin dolor que fuese capaz de impedirla, una obediencia también grande, inmensa. Se comprende que durante varios siglos el paganismo no quisiera ceder ante una religión de obediencia y amor como el Cristianismo, y que ni siquiera la comprendiera. (¿Pero es que hoy son muchos los que la comprenden?) Más grande que la obediencia a Dios y el amor al prójimo, es nuestro egoísmo. Pero lo contrario del egoísmo es la obediencia y el amor de Cristo: el sufrir de Cristo. Cristo sufriendo, nada quería para Él, ni para el pueblo judío, ni para una raza determinada, ni para una clase especial de hombres, digamos, para sus discípulos. Cristo sufriendo, sufre por todos, judíos y paganos, hombres y mujeres, blancos y amarillos. Por eso no hay que hacer hincapié en que Cristo sufrió por el hombre, como si éste fuera algo especial, sino por los hombres, por la comunidad de todos los hombres, es decir, por la Humanidad sufrió Cristo. Porque desde la expul-

sión del paraíso, no existe el hombre solo, sino en contacto con todos los demás hombres.

El sufrir de Cristo es, pues, un sufrir por obediencia, por amor, sin egoísmo y por toda la Humanidad.

Todos los que ven en Jesús un idealista, un héroe o un idealista heroico, no pueden sentir siquiera el fruto del sufrir de Jesús. Cristo no perseguía un ideal, sino anunciaba una realidad, como era el Reino de los Cielos; Cristo no fué un héroe, pues no hay muerte menos heroica que la suya. El que unos cuantos millones de hombres se denominen cristianos, tampoco es fruto del sufrir de Cristo, pues habiendo Él muerto por toda la Humanidad, aun se cuentan mil diez millones de seres humanos que jamás han oído ni querido oír algo de Cristo. Y es que en estas cosas, como en todas las divinas, no se trata del valor humano de un hecho, ni de cantidad. El fruto del sufrir de Cristo fué algo al parecer mucho más pequeño y sencillo: su muerte y su resurrección. ¿No es cierto que Cristo anuncia sus sufrimientos, sin dejar de tombar su muerte y su resurrección al tercer día? ¡Y cuánto depende de ambas cosas! ¡Con su muerte nos salva Cristo del pecado, con su resurrección nos salva de la muerte eterna! He aquí por qué el sufrir de Cristo no trae como fruto el que podamos ser hombres buenos, ni el asegurarnos la inmortalidad, sino ¡el que podamos ser hombres salvos y que tengamos vida eterna!

Y he aquí lo que podríamos llamar la última paradoja: el fruto del sufrir de Cristo es nuestro gozo. Porque nada puede dar tanto gozo al hombre, como saberse obediente a Dios y libre del pecado, y tener la seguridad de una vida eterna.

En los umbrales de la Semana Santa vemos a Cristo sufriendo por todos para salvarnos a todos, llevándonos de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la Jerusalem terrena a la Jerusalem celestial.

MANUEL GUTIÉRREZ MARIN.

Las opiniones no pueden tomar el lugar de la fe.

Nada sino el pecado puede hacernos daño.

La fidelidad de Dios es el fundamento de nuestra fe.

¿Estáis suficientemente quedos para poder oír la voz de Dios?

STABAR MATER

«Y estaba junto a la Cruz su madre.» (SAN JUAN, cap. XIX, vers. 25.)

HERMOSO cuadro, en verdad, el que la bienaventurada Virgen María, y sus piadosas acompañantes María, mujer de Cleofás y María Magdalena, nos ofrecen al pie de la Cruz!

Cuando el Maestro ha sido abandonado por amigos y enemigos, y la plebe, inconsciente, escarnece al Mesías con injustas diatribas e insultos soeces; cuando hasta el discípulo que había prometido no abandonarle a pesar de que todos le dejaran, ha negado en la casa del Pontífice al Maestro por tres veces, ¡qué consuelo experimentaría al ver junto a la Cruz a estas tres santas mujeres que así querían demostrar una vez más su amor al Salvador! Mas, sobre todo, ¡cuán grande alegría sentiría Cristo Jesús al ver a su madre! Ella, que con solícito cuidado había guiado sus primeros pasos, que le había acompañado en sus viajes de predicación del Reino de Dios por los campos de Galilea, Samaria, Perea y Judea, escuchando sus enseñanzas y admirando sus milagros, que había compartido sus goces y tristezas, habíale arrullado al nacer, en el pesebre, y quería llorarle al morir en la Cruz.

Se habían apartado de Él los discípulos; le habían olvidado los ciegos a quienes devolvió la vista; los impedidos cuyos miembros fueron restituidos sanos al conjuro de su voz potente; todas las personas que de Cristo habían recibido beneficios materiales o espirituales; todos podían retirarse de su lado, apóstatas, ingratos o cobardes, pero ella no podía separar su cuerpo de la Cruz, porque no podía separar su corazón del corazón del Crucificado. La Virgen María junto a la Cruz de Nuestro Redentor es la más fiel representación de toda madre compartiendo las tristezas e infortunios de sus hijos, más queridos cuanto más desdichados sean.

Jesús recibió, indudablemente, gran aliento al contemplar al pie de la Cruz a María. Conocía el amor que le profesaba, amor que le había demostrado desde su nacimiento en Betlehem hasta aquellos momentos angustiosos del Calvario. A su mente, atormentada por los sufrimientos del infamante madero, acudirían las noches que había pasado María en vela para librarle de sus enemigos. Recordaría el viaje que en unión de José se vió impulsada a realizar a Egipto para librarle de las iras de Herodes, el viaje a Nazaret, a Jerusalem, etc. Todo esto sería recordado con gratitud filial por el Hijo perfecto, Nuestro Señor Jesucristo.

Mas si Jesús recibió consolación de María por estar junto a la Cruz, no fué menor el consuelo que por el mismo motivo recibió María del Maestro. Desde la Cruz exclamó, dirigiéndose al discípulo amado: «Hijo, he ahí tu madre», y a María dijo: «Mujer, he ahí tu hijo».

Desalentada, abatida, oprimida por el sufrimiento que para una madre supone la

pérdida del hijo querido, acudió María al Calvario para dar su postrer adiós al hijo amado. Pensaría, probablemente, que todo quedaría allí terminado. Jesús moría en la Cruz para redimir a la Humanidad perdida bajo el peso de sus propios pecados y concupiscencias. Tal era la voluntad del Padre. Y por la muerte de Cristo, la Humanidad volvería a vivir. Mas ¡ay! que para ella esta muerte significaba la pérdida de ilusiones maternales, de afecto sincero, de simpatía profunda.

Con el espíritu cansado, desplomado el ánimo, vencida la voluntad. Así llega María al pie de la Cruz. ¡Y allí balla un hijo! Es verdad que no era el hijo de ella amado, el que había compartido con ella alegrías y tristezas. Mas era el discípulo amado de Cristo. Y la expresiva mirada, de insistente recomendación con que Jesús entregara a su madre al cuidado de Juan, era suficiente para que éste atendiera a María con filial solicitud.

Había acudido al Gólgota cansada, desalentada, abatida. De allí sale con el corazón lleno de consuelo. Sí. A pesar de que los ojos estuvieran bañados en lágrimas, y éstas resbalasen por las mejillas, humedeciendo su rostro, ¡qué interno descanso experimentaba! Ya no estaría sola. Tendría quien la ayudara. Tendría quien la protegiera. Tendría a su lado un hijo que la comprendiera y que la amara.

Ajeno al dolor físico, a las torturas de la crucifixión, el Maestro se ocupa de la suerte de su madre y la encomienda al cuidado del discípulo amado, patentizando así de modo elocuente el error de quienes piensan que para vivir una vida de comunión con Dios, es indispensable renunciar a todo familiar afecto. Si esto dificulta u obstaculiza nuestra comunión con el Eterno, sí. Pero en modo alguno hay que establecer este principio como axioma. El Maestro ha dicho: «El que ama padre o hermano, o hijo, o madre más que a Mí, no es digno de Mí». Mas son amores compatibles el amor a Cristo y el amor a nuestros seres queridos, siempre y cuando estos afectos no sean un impedimento para seguir al Salvador.

María acudió junto a la Cruz de Cristo y recibió consuelo. Por propia experiencia pudo saber el valor que el contacto con la Cruz tiene. Experiencia que hemos adquirido cuantos junto a la Cruz de Jesús hemos dejado la pesada carga de nuestros pecados y transgresiones, recibiendo de Él el perdón y la paz que nuestras almas necesitaban.

RAMÓN TAIBO SIENES.

Nuestra independencia de las circunstancias depende de nuestra dependencia de Dios.

El pecado esconde a Dios del hombre, pero nunca al hombre de Dios.

Si el hombre persiste en pecado, es porque ama a su pecado más que a Dios.

El pecado es una enfermedad que corrompe al hombre.

LOS OJOS DE JESÚS

Obscuros ojos amigos,
bajo una frente judía
cual dos astros encendidos,
los que visteis el gran día
surgir del Caos la Armonía
ante el mandato divino.

Ojos de noble mirar
hacia el cielo levantados
con intenso suplicar
por los seres más cuidados,
ansiéndolos consolar
cuanto más desconsolados.

Ojos que al posaros tristes
sobre la llaga fatal
del leproso, cuando visteis
la miseria de su mal,
con más ternura mirasteis,
con nueva luz fraternal.

Ojos mirando la tumba
que encerró a Lázaro un día,
y con ternura profunda
posados sobre María,
sobre Marta y ¡ay!... la angustia
de nuestra raza caída.

Ojos de serenidad
infinita, contemplando,
encendidos de piedad
a la adúltera, acusando
a quien la viene a juzgar
y haciéndole huir temblando.

Ojos llorando el dolor
de la patria muy querida
esclava del opresor,
la bella Salem que, un día,
el vil romano lictor
a muerte condenaría.

Ojos con pena fijados
a los lados del camino,
sobre mil frentes posados,
mientras sube a su destino
para ser sacrificado,
aquel Cordero Divino.

Ojos por el pasmo abiertos
del más acerbo dolor,
que van a cerrarse, muertos,
y del árbol heridor
¡se levantan tan sedientos
con sed del Paterno Amor!

Ojos cerrados... Ungidos
por el beso maternal
de María. Ojos fríos
ya, sin mirar fraternal,
en las dos cuencas hundidos
por el poder infernal.

Ojos abiertos al alba
de la mañana más bella,
resurgiendo de la tumba
un día de primavera,
redimida ya la culpa
del alma que en Cristo espera.

*Ojos de Cristo Jesús
que nos miran dulcemente
como dos astros de luz
desde su trono, y, clementes,
por sus dolores de cruz,
ruegan por el delincuente.*

*Ojos que nos ven pecar
cuando debieran mirarnos
obrar el bien sin cesar,
y que no saben dejarnos,
tan intensa es su piedad,
y siempre han de acompañarnos.*

*Ojos que el día esperando
de la total redención,
encenderán al mirarnos
tal fuego de adoración,
que ha de conmover el canto
de la angélica legión.*

A. ALMUDEVAR

Ser miembro de la Iglesia.

Hay personas que creen que es indiferente ser o no miembros fieles de una Iglesia evangélica, pero no es así, pues vemos que:

I

Es una imperiosa necesidad:

- 1.º Para la existencia de la misma Iglesia. Si no hay miembros, no hay Iglesia.
- 2.º Para la obra unida.
- 3.º Para estímulo mutuo
- 4.º Para la propia observación de las ordenanzas, que sólo los discípulos pueden observar.
- 5.º Para formar una compañía que obtenga resultados más efectivos que los que puede obtener un individuo.

II

Es un santo deber porque:

- 1.º Fué una bendición para nosotros y debe serlo para otros.
- 2.º Es el propósito de Dios para con su pueblo.
- 3.º Por ello demostraremos que formamos parte de una comunidad separada para altos fines.

III

Es un sublime privilegio, porque podemos:

- 1.º Disfrutar de la compañía de los redimidos.
- 2.º Ser administradores de los negocios más altos, o sea, la propaganda del Evangelio.
- 3.º Recibir la educación necesaria, para formar luego parte de una congregación mayor que se reúne en el cielo.

Primer Congreso de la Juventud Evangélica Portuguesa.

Lisboa. - 30 y 31 de Mayo.

Prosiguen con gran actividad los trabajos de este Congreso y se ultiman los detalles del programa, en el cual tiene un discurso sobre «La fraternidad» el presidente de la Alianza Evangélica Española. Tan pronto como recibamos el programa, lo publicaremos para conocimiento de nuestros lectores.

Los que se propongan ir al Congreso, aunque no pasen por Madrid, necesitan inscribirse aquí, a fin de que se soliciten los alojamientos necesarios, y éstos sólo pueden pedirse por conducto de la Alianza, comisionada por la Junta organizadora del Congreso para este asunto. Para disfrutar del alojamiento gratuito en Lisboa sólo se precisa ser miembro de alguna Iglesia reconocida por la Alianza Evangélica Española. Y no hay que olvidar que antes del 1.º del próximo Mayo tenemos que enviar la nota de los que se propongan asistir, a fin de que la Comisión de Recepción y Alojamientos disponga del tiempo necesario para hacer el acoplamiento de los alojamientos.

Ahora no hay que dejarlo para última hora.

Es cualidad de los españoles el dejarlo todo para última hora. Así, en el Congreso Evangélico; así en la Conferencia de Pastores. Y luego son las dificultades. La inscripción de congresistas en nuestro último Congreso iba con tal lentitud, que no faltó quien augurase un fracaso. Pero en los últimos quince días fué tal el aluvión de inscripciones, que con haber preparado setecientas insignias y otros tantos programas, fueron bastantes los que se quedaron sin ellos. ¿Por qué? Por haber esperado a última hora. En la Conferencia de Pastores, una semana antes de su celebración, no llegaban a doce los inscritos. Pero en las últimas veinticuatro horas fueron tantos los que se inscribieron, que llegamos a cerca del medio-centenar. ¿Qué pasó? Pues que algunos se quedaron sin copias de las ponencias. Pero en esta ocasión no se pueden dejar las cosas para última hora. Claro es que para ir al Congreso de Portugal basta con pensarlo un día antes de salir. Pero los que quieran disfrutar de la generosa oferta de nuestros hermanos lusitanos, de tener alojamiento gratuito, es preciso de todo punto que se inscriban antes del 25 del actual. Por esta vez, al menos, no se puede dejar la decisión para última hora.

Al pasar la frontera.

Conviene que los que se propongan asistir al Congreso de Lisboa se provean de los documentos necesarios para entrar en Portugal. Son éstos: la cédula personal y un pequeño documento, especie de salvoconducto, que se facilita en el Consulado de Portugal de la ciudad donde uno resida. Si hay algún evangélico que se proponga asistir al Congreso y en la localidad donde resida no hubiere Consulado de Portugal, escribanos sobre el particular y trataremos de arreglarle aquí este asunto. Pero conviene ir pensando en estas cositas y no dejarlo todo para última hora. Un mes se pasa pronto, y dentro de un mes tendremos que hacer ya los preparativos de marcha.

La excursión a Lisboa.

Cuantos deseen formar parte de la excursión a Lisboa, que saldrá de Madrid en la noche del 28 de Mayo (Estación Delicias), deben enviarnos sus nombres sin pérdida de tiempo. Los que deseen formar parte de esta excursión sólo tendrán que abonar 90 pesetas. Dentro de esta cantidad están comprendidos los siguientes gastos:

- a) Billete de ida y vuelta de tercera clase.
- b) Viaje de ida: Almohada para el viaje, desayuno en Marvao (frontera portuguesa), y almuerzo en Entroncamento, al mediodía.
- c) Viaje de vuelta: Cena en Valencia de Alcántara y almohada de viaje.
- d) Cuota de congresista.

Las personas que hagan entrega de la referida cantidad no tendrán que preocuparse, ni siquiera de sacar el billete del tren. Pueden ir tranquilas, que se encontrarán el billete en su casa, la almohada en el tren, el cubierto en la mesa, y la cuota de Congresista en Lisboa.

Las personas que lo prefieran pueden formar parte de la excursión sin necesidad de entregar previamente las 90 pesetas, entendiéndose entonces que ellas mismas se cuidarán de abonar todos sus gastos durante el viaje.

Los que piensan ir al Congreso.

1. Fernando Cabrera Latorre, de Madrid.
2. Elena Cabrera Pérez-Caballero, de Madrid.
3. Zacarías Carles Just, de Madrid.
4. Daniel Regalíza Aguado, de Valencia.
5. Eunice Regalíza Martín, de Valencia.



REVELACIÓN

Las victoriosas aclamaciones de Cristo.

LA Biblia, al hablar de Dios, hace uso de nuestra fraseología humana. Habla de los ojos de Dios como si Dios tuviese ojos como los nuestros; cuando en verdad los ojos de Dios son ojos que pueden ver todas las cosas. También nos habla de los oídos de Dios, siempre atentos al clamor de sus hijos. Los pies de Dios también son mencionados. Mirad el cielo en un día de verano, con sus admirables cúmulos de nubes, y pensad en la expresión poética de Nahum: «Las nubes son el polvo de sus pies» (Nahum, I, 3). Y: «El cielo es mi solio, y la tierra estrado de mis pies» (Isaías, LXVI, 1). Muchas veces leemos de su diestra, y la diestra de Dios es siempre símbolo de su gran poder para libertar.

La diestra de Dios simboliza al Señor Jesucristo. Él es el Hijo de la diestra de Dios, que está sentado a la derecha de su trono majestuoso. Raquel murió en el camino, y cuando sus ojos moribundos se fijaron en el niño recién nacido, ella le llamó Benoni, que quiere decir hijo de sufrimiento. Pero en seguida Jacob cambió su nombre por Benjamín, que significa hijo de la mano derecha. De la misma manera Cristo fué primero el Hijo de sufrimiento, pero ahora Él es el Hijo de la diestra de Dios. Su obra ha ganado la victoria de Dios para el hombre. Él es el Cristo victorioso.

I. Hemos de mirar a la cruz donde Cristo ganó la gran victoria, base de todas las demás victorias: pasada, presente y futura. — Sin la cruz no hay victoria posible. Si no hubiera habido victoria en el Calvario, habría sido ello un fracaso eterno, de eternas tinieblas y sombras de muerte.

Consideremos un momento aquel centurión romano, encargado por su gobierno de vigilar la ejecución de los criminales que fueron condenados a muerte en el Calvario en aquel memorable día. Podemos ver con los ojos de la imaginación el cuerpo robusto del soldado romano, en pie, mirando inmóvil y frío el horroroso espectáculo. Parecía no poner ninguna atención en los gritos de espanto, las maldiciones, los gemidos y lamentos de aquellos que morían lentamente colgados de los maderos. Pero de pronto, el centurión habla. Mirando a Aquél que estaba en medio, este soldado hizo una de las confesiones más sorprendentes que jamás labio humano ha proferido: «Verdaderamente — dijo el centurión — este hombre era el Hijo de Dios» (Marc., XV, 39). Pero, ¿cuándo este hombre hizo esta confesión y dió este testimonio? Fué cuando

el colgado en medio de los malhechores, nuestro Señor, habló con «una gran voz». Por dos veces el bendito Salvador clamó desde la cruz a gran voz. La primera vez su clamor agonizante fué oído en medio de las tres horas de tinieblas. Aquel grito: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», debe ser repetido por nosotros con voces silenciosas. Cuando el Señor pronunció estas terribles palabras, su alma santa probaba una muerte que nuestras mentes finitas nunca serán capaces de comprender.

La segunda vez que Jesús clamó a gran voz, ocasionó la confesión del centurión romano de que hemos hablado. Y este segundo clamor a gran voz no fué un grito agonizante salido de aquella obscuridad terrible, sino que fué el clamor del poderoso vencedor. Fué el grito de uno triunfante, del que había ganado una batalla. En el griego es una sola palabra: «Tetelestai», «Consumado es». Entonces, inclinando su cabeza coronada de espinas, dió su espíritu.

Pero, ¿por qué fué entonces cuando el centurión hizo su confesión? Él se dió cuenta, al contemplar la muerte de Cristo, de que estaba frente a frente con lo sobrenatural. Seguramente aquel centurión habría visto morir a otros de aquella muerte cruel. El habría oído sus maldiciones y sus quejidos de agonía. Después habría visto cómo se desmayaban, volviendo muchas veces del sopor para debatirse en contorsiones de dolor atormentador. Después, gradualmente, los gemidos se apagaban, poco a poco, cada vez más débiles, hasta que exhalaban el último suspiro.

Pero, he aquí uno que había sufrido intensamente los azotes de la ley romana, porque más allá de los manejos del azote estaba el poder de Satanás para hacer que el sufrimiento del Señor fuera lo más terrible posible. Sin embargo, después de todo este horrible sufrir, y después de derramar su sangre, cuando llegó el fin de su agonía, el Señor estaba en posesión completa de sus fuerzas. Él no estaba desmayado a causa de la derrota. Él no murió como los otros mueren. ¡No! Sino que clamó a gran voz, diciendo: «¡Consumado es!» Y habiendo dicho esto, expiró. Todo ello impresionó profundamente al centurión romano. Para él esta extraña muerte de aquel crucificado era evidencia de que no era un mero hom-

bre: En este clamor de Jesús encontramos la confirmación de sus propias palabras: «Yo pongo mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, mas yo la pongo de Mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar» (Juan, capítulo X, versículos 17, 18). Algunos cristianos poco pensadores han hablado de la agonía de Nuestro Señor en Getsemaní como producida por temor de que Satanás pudiese quitarle la vida antes de ir a la cruz. Otros dicen que la causa de su muerte fué la rotura del corazón. Esto es falso, porque la muerte no podía tener derecho sobre Él, porque donde no hay pecado, la muerte no puede demandar su derecho. Satanás no podía tocar aquella vida. Aunque los judíos le quisieron apedrear, ni una sola piedra le tocó. Cuando su hora llegó, Él dió su vida. Él había puesto su vida en expiación por el pecado; el pecado de todos nosotros estaba sobre Él; y ahora, porque la paz había sido hecha por la sangre de la cruz, porque los requisitos de la justicia de Dios fueran satisfechos, Cristo gritó a gran voz su clamor victorioso: «¡Consumado es!» Pero, ¿quién es capaz de comprender todo el significado de este clamor de triunfo? Sólo podrá descubrirse en la eternidad venidera y gloriosa preparada para los redimidos.

Sin embargo, sabemos lo que todo eso significa para nosotros los que hemos creído. Sabemos que Él llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. Sabemos que por medio de su obra consumada en la cruz, la justicia de Dios nos cubre y nos declara libres. Sabemos que, «siendo justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo». Sabemos que Él es nuestra paz y que su sangre preciosa nos ha hecho cercanos al Padre.

Y aun más: Sabemos que nuestro viejo hombre fué crucificado juntamente con Él. En su muerte nosotros también hemos muerto. El pecado no puede tener ahora dominio sobre nosotros. Libertad de la esclavitud y del dominio del pecado es ahora el resultado de su victoria, y todos aquellos que andan en el Espíritu pueden vivir una vida victoriosa.

II. La segunda victoria nos lleva a la tumba vacía. — Su cuerpo no pudo ver corrupción. La muerte no pudo sujetarlo. El Padre le levantó de los muertos, y también es igualmente cierto que Él mismo resucitó. Su resurrección física venció la muerte y el sepulcro.

Y, sin embargo, esta gran verdad esencial, la resurrección física de Nuestro Señor, es negada en el campo de la infidelidad más sutil del Cristianismo, conocido con el nombre de Modernismo. Hace algunos años un notable defensor de esta escuela racionalista, dijo: «Su cuerpo descansa en un sepulcro asirio, pero su alma sigue viviendo a través de los siglos». Si esto fuera verdad, mejor sería que cerrásemos nuestras Biblias para siempre, dejándolas a un lado como una cosa completamente sin valor. Si Cristo no resucitó de los muertos, resucitando literalmente, no espiritualmente, sino en

ESPAÑA EVANGÉLICA no responde de las afirmaciones hechas en los artículos firmados, ni de las opiniones y juicios emitidos en las páginas "Revelación".

un cuerpo humano glorificado, que había estado muerto y sepultado, entonces estamos sin Dios y sin esperanza, y somos de todos los hombres los más miserables. Leed la gran lógica declarada en la primera Epístola a los Corintios, capítulo XV.

Pero, ¿por qué hablar sobre esto cuando la resurrección de Nuestro Señor es una de las más grandes verdades auténticas de la Historia? Dejad que los racionalistas traigan pruebas de que Cristo no resucitó físicamente de entre los muertos. ¿Pueden hacerlo? ¡Nunca! Tenemos evidencias sobre evidencias de que Él resucitó y dejó vacío el sepulcro. Hay una aclamación relacionada con este gran suceso. Desgraciadamente, nuestras Biblias no nos dan una traducción correcta de esa primera palabra que salió de los labios del Señor después de su resurrección, según el relato de San Mateo. En español es «salve», pero esta palabra en el original griego significa «regocijense». Deben de haber sido proferidas por el Señor como una aclamación triunfante, «¡regocijense, regocijense!» Y diciendo estas palabras, tal vez señalaría el sepulcro vacío.

Y esta victoria de Nuestro Señor también es nuestra, si somos sus hijos por la fe en Él. Podemos ahora clamar con gran voz y decir, con la autorización del Espíritu de Dios. «¿Dónde está, oh, muerte tu agijón? ¿Dónde, oh, sepulcro, tu victoria?» La muerte y el sepulcro han sido vencidos. Ningún hijo de Dios debe temblar con el pensamiento de la muerte y sepultura. Si hace tres mil años una pluma inspirada pudo escribir: «Aunque ande en el valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo», ¡cuánto más nosotros, que sabemos más de lo que David sabía, estaremos completamente libres de la esclavitud del temor! Esta libertad la hemos visto grabada en la lápida que cubría la tumba de un gran sabio cristiano: «Esta es la posada de un viajero que pasa aquí la noche. Cuando llegue la mañana seguirá hacia la Nueva Jerusalem».

Hace algunos años, un famoso cirujano judío me confesó que había recibido una gran prueba de que el Cristianismo verdadero poseía algo que el judaísmo no conocía. Tenía este doctor entre sus enfermos a una joven como de veintitrés años sufriendo de una enfermedad incurable. Ella insistió un día, suplicándole que le dijese cuándo habría de morir. El doctor no cedía, pero después de las repetidas súplicas de la joven, juntas con la insistencia de su madre, le contestó: «Si usted de veras quiere saberlo, yo siento decirle que, a mi juicio, usted no vivirá más de cinco semanas». Y entonces, con gran sorpresa del doctor, una sonrisa gloriosa cubrió su cara, y volviéndose a su madre, tomó sus manos entre las suyas, y dijo gozosa: «¡Oh, mamá, qué maravilla, cinco semanas más y estaré entonces con el Señor Jesucristo para siempre!» «¿Dónde está, oh, muerte, tu agijón? ¿Dónde, oh, sepulcro, tu victoria?»

III. «Subió Dios con voces de júbilo,

Jehová con estruendo de trompeta (V. M.) (Salmo, XLVII, 5). — Esto ha de referirse a su gloriosa ascensión. Él ascendió a los cielos para tomar su lugar a la diestra de la Majestad en las alturas. Fué un retorno glorioso y triunfante a la morada eterna en el tercer cielo, aquel lugar de gloria que Él había cambiado por el pesebre de Belén. Fué un regreso triunfante y glorioso, no como el Unigénito del Padre, sino como el Primogénito de los muertos. En su ascensión triunfante Él pasó a través de los cielos. Y como sabemos por las Escrituras, el aire que envuelve nuestro globo es el asiento de las malicias espirituales (Efe., VI, 12). Ellos no pudieron impedir su regreso, así como tampoco su venida al mundo para salvar a la Humanidad. Esta aclamación de júbilo les anunciaba su derrota. Ellos vieron subir al Señor a tomar su lugar de honor en el Trono de su Padre, el que, no sólo le levantó de los muertos, sino que colocó «a su diestra en los cielos, sobre todo principado, y potestad, y potencia, y señorío, y todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, mas aún en el venidero: Y sometió todas las cosas debajo de sus pies, y diólo por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquél que hinche todas las cosas en todos» (Efe., I, 20-23).

Él ha ganado la victoria completa sobre el reino de las tinieblas. Él ha vencido a Satanás y al ejército de demonios. Su subida a los cielos con sonido de trompeta proclamó esta victoria. A nosotros, unidos a Cristo, andando en el Espíritu, Satanás no puede hacernos daño o vencernos; para nosotros también él es un enemigo derrotado. Algunos cristianos hacen lo que no debían en sus vidas espirituales, esto es, luchar contra el pecado, y el viejo hombre con sus inclinaciones al mal. Ellos tratan de vencerlo por sus propios esfuerzos. Pero la Escritura nos dice que huyamos de los deseos juveniles, y que pongamos al viejo hombre en el lugar donde la muerte de Cristo le ha puesto, esto es, crucificado, muerto. Se nos ha dicho que mortifiquemos nuestros miembros, que pensemos que estamos muertos al pecado. Nosotros también podemos decir con Pablo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí: y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí» (Gál., II, 20).

También los cristianos tienen temor del diablo y sus ataques. Ellos huyen de él como si tuviera el poder de vencerles. Pero como Jesucristo le derrotó, a nosotros se nos exhorta a «estar firmes» contra las asechanzas del diablo, a vestirnos de toda la armadura de Dios. La certeza es dada a todos aquellos que andan en comunión con el Hijo de Dios: «Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y de vosotros huirá» (Santiago, IV, 7).

Las tres victorias de Cristo son: sobre el pecado, sobre la muerte y el sepulcro, y sobre el poder de las tinieblas. Como hemos visto, Cristo exclamó en la cruz su triun-

fante grito: «¡Consumado es!». Él saludó a sus discípulos en la mañana de la resurrección con la aclamación de «Salve», «regocijense». Y, por último, Él ascendió a los cielos con sonido de trompeta. Pero todavía hay dos más aclamaciones victoriosas de Nuestro Señor anunciando grandes victorias que aun están en el futuro.

IV. «Porque el mismo Señor con aclamación, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos juntamente con ellos, seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire y así estaremos siempre con el Señor» (1.ª Tes., IV, 16, 17). Después de haber leído este pasaje, le preguntaron a cierto predicador si esas palabras tenían un significado literal, a lo que él contestó: «No, todo ese pasaje es alegórico». Pero cuando le preguntaron que explicara el significado alegórico, no pudo hacerlo, por la sencilla razón de que no hay ninguna alegoría en él. Cada una de estas palabras escritas por Pablo e inspiradas divinamente tendrá un cumplimiento literal. No será éste un suceso espiritual, sino un suceso literal. Será el Señor mismo quien descenderá del cielo y al hacer esto será con aclamación. Él habló de esto en el Evangelio según San Juan: «Vendrá esa hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz» (Juan, V, 28). Su aclamación abrirá todos los sepulcros de sus hijos y lo que fué sembrado en corrupción se levantará en incorrupción. Al mismo tiempo, todos los hijos de Dios que viven que han sido lavados en su sangre y salvados por su gracia, oirán la misma aclamación. Entonces, en un momento, en un abrir de ojos, serán transformados. Esto, mortal, será vestido de inmortal. La gran vuelta al hogar seguirá consistiendo en la reunión de toda la familia de Dios; «juntamente con ellos seremos arrebatados en las nubes». Pero el suceso supremo será «recibir al Señor en el aire». ¡Qué día glorioso será aquel cuando veamos su faz!

¿Y qué significará esto para Él? Él recibirá el trabajo de su alma. Todos los que el Padre le dió estarán allí, ni uno solo se habrá perdido. El poder del maligno trató de destruir la Iglesia y sus miembros, que son preciosos a su vista. Pero entonces será demostrado que las puertas del infierno no prevalecieron contra su Iglesia. Ésta será su gran victoria. Será el clímax glorioso de su gran amor con que nos ha amado. Entonces se le presentará «gloriosa para sí, una Iglesia que no tuviese mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Efe., V, 22).

¿Qué significará esta aclamación para nosotros sus hijos? Nos dará nuestros cuerpos de redención, como el suyo. Terminará todas nuestras luchas, nuestros conflictos, nuestras penas y aflicciones. Le veremos cara a cara y seremos semejantes a Él. Poseeremos nuestra herencia comprada con su sangre y reinaremos con Él sobre la tierra. Será nuestra victoria como es su victoria. ¿Cuándo se oirá esta aclamación de nues-

EL ABC DE LA BIBLIA

CAPITULO XLI.—LOS DOCE HIJOS

La Biblia está llena de hermosas historias acerca de los hombres que vivieron en la edad de la Promesa. Si fuéramos a contarlas todas, nos llevaría mucho tiempo para llegar a las historias de la edad siguiente, que son igualmente interesantes. No vamos a repetir aquí todas estas historias, porque nuestro objeto es demostrar solamente el gran propósito que Dios tenía en hacer las cosas que hizo y en hacerlas justamente en el tiempo en que las hizo.

Isaac y Jacob tuvieron experiencias muy interesantes. Nos fijaremos solamente en una historia de la vida de Jacob, nieto de Abraham. Aunque su abuelo había sido un hombre de tanta fe, y aunque su padre había sido un creyente en Dios, Jacob no nació sin pecado en su corazón, así como su padre y abuelo tampoco habían sido sin pecado, y a pesar de su fe, ellos tuvieron que hacer sacrificios para expiar sus pecados. Y Jacob fué un hombre que tenía, como todos los hombres, un corazón malo. Su nombre significa «suplantador». Cuando Jacob fué mayor engañó a su hermano Esaú de una manera ruin, y Esaú se airó tanto que Jacob tuvo que huir de su casa, por temor de que su hermano le matase. Se fué lejos, a vivir a una tierra extranjera. Dios le bendijo y no le olvidó, a pesar de su pecado. Él cuidó de Jacob por muchos años en aquella tierra extranjera. Por último llegó el tiempo en que Jacob salió de su destierro, y con sus mujeres e hijos, sus siervos y su ganado, emprendió el viaje de regreso a la tierra que Dios había prometido a Abraham y a su simiente para siempre. Jacob no había olvidado su pecado contra su hermano, y a pesar de los años que habían pasado, todavía tenía temor de Esaú. La noche antes de llegar a su casa su temor aumentó. Él recordaba la cólera en la cara de Esaú cuando le engañó años atrás; también podía imaginar la ira en el corazón de su hermano.

Así Jacob decidió mandar un rico presente a Esaú antes de llegar a la casa, pensando con esto agradar a su hermano. Paró, pues, la comitiva y empezó a preparar el presente para su hermano. Tomó doscientas cabras y veinte machos cabríos y los envió delante con un criado. Tomó después doscientas ovejas y veinte carneros y los mandó con otro criado. A éstos les seguían otros criados con camellos, vacas, novillos, asnas, borricos. Las asnas valían más que las vacas y novillos, el ganado más que los camellos, éstos valían más que los carneros, los carneros valían más que los machos cabríos. ¿Podréis imaginar este cuadro, con todos los diferentes presentes, cada uno de ellos de más valor que el que le precedía?

Jacob pensó con esto apaciguar la ira de su hermano Esaú. Después de mandar los presentes, Jacob mandó a sus siervos con sus mujeres e hijos, y por último a su propia familia, pero él se quedó.

Llegó la noche, y estando Jacob solo, un ángel vino a luchar con él. La lucha duró toda la noche y al rayar el alba el ángel le preguntó a Jacob su nombre. El ángel lo sabía, naturalmente, pero quería que Jacob admitiera que su nombre era una descripción de su corazón malo, y que significaba «engaño». Entonces el ángel del Señor cambió el nombre de Jacob dándole un nuevo nombre, el de Israel, que significa, «príncipe de Dios» o «Dios ordena, gobierna, manda». Desde entonces en adelante la vida de Jacob sería gobernada por Dios y no por la vieja naturaleza de Jacob.

Jacob se parece mucho a nosotros. Cuando Dios quiere nuestras vidas, empezamos dándole otras cosas en lugar de lo que Él demanda. Primeramente damos a Dios aquellas cosas que no apreciamos mucho, después, quizá, las cosas de más valor, lo mismo que Jacob mandó primero cabras, ovejas, carneros, camellos, vacas, asnos, criados y, por último, lo de más valor, su familia. Así hacemos nosotros, estamos dispuestos a darlo todo por el Señor, pero nosotros mismos nos quedamos lejos de Dios y no dejamos que Él reine en nuestros corazones. Él tiene que hacernos ver que estamos derrotados, lo mismo que hizo con Jacob cuando luchó con el ángel. Es cuando reconocemos que tenemos un corazón pecaminoso cuando Dios nos da la nueva vida en Cristo.

Dios le dijo a Jacob, cuyo nombre ahora era Israel, que Él le bendeciría grandemente, y que todas las promesas que había hecho a Abraham y a Isaac serían cumplidas en él. Jacob tenía doce hijos, y ellos serían la cabeza de las doce grandes tribus llamadas los hijos de Israel. Todo el resto del Antiguo Testamento tiene que ver con estas doce tribus, porque muchos de los propósitos de Dios en esta tierra habían de obrarse por medio de los descendientes de estos doce hijos de Israel. Hay muchas cosas en otras partes de la Biblia que se entienden bien si recordamos estos doce hijos de Jacob. El Apóstol Pablo escribió a los filipenses que él era «del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín». Esto quiere decir que su familia era descendiente del hijo menor de Jacob, llamado Benjamín. El Señor Jesucristo es llamado «el León de la tribu de Judá». Esto es porque la madre del Señor Jesucristo, la Virgen María, era descendiente de la tribu de Judá.

Es conveniente recordar el nombre de estos doce hijos de Jacob, por su orden de edades: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Nephtalí, Gad, Aser, Issachar, Zabulón, José y Benjamín.

Recomiende a sus amigos
ESPAÑA EVANGÉLICA

Ayuntamiento de Madrid

tro Señor descendiendo del cielo? Las condiciones actuales son tales que no podrá tardar. «Y el Espíritu y la Esposa (la Iglesia) dicen: Ven. Así sea. Ven, Señor Jesús». Amén.

V. Balaán el profeta miró desde el monte al pueblo de Israel acampado en la llanura. El rey Balac le había suplicado que maldijera al pueblo de Dios. Pero las bendiciones de Balaán sobre Israel aumentaron: él no podía maldecirlos, sino que bendición tras bendición salió de su boca. El habló del futuro y mencionó el «júbilo de Rey en él». El habló de un cetro que sería levantado de Israel. Este Rey sería mayor que Agag, el Amalezita, «su reino será ensalzado». Él vendrá victorioso sobre todos sus enemigos. Él herirá los cantones de Moab, y destruirá a todos los hijos de Seth. Él tendrá dominio universal (Números 23 y 24). Todo esto es profético del día venidero cuando el Señor Jesucristo volverá a esta tierra para tomar el derecho al cetro de las naciones, cuando Él le pedirá al Padre y le dará por heredad las gentes y por posesión suya los términos de la tierra. Entonces Él gritará con la aclamación del victorioso. Él bramará desde lo alto porque es el juez de toda carne. «Alzará el grito, como los que pisan el lagar, contra todos los habitantes de la tierra... entra en juicio con toda carne». Jer., XXV, 30-31, V. M.)

Entonces con su aclamación de completa victoria, la derrota completa de sus enemigos y el establecimiento de su Reino, las aclamaciones de gozo y alegría se oirán en toda la tierra: «Canta, oh hija de Sión: da voces de júbilo, oh Israel; gózate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalem... Jehová es Rey de Israel en medio de tí; nunca más verás mal». Soph., III, 14,15). La creación también cantará de júbilo: «Vístense los llanos de manadas, y los valles se cubren de grano; dan voces de júbilo, y aun cantan». (Salmo LXV, 13). Y en las alturas se oirán las voces de los redimidos, los aleluyas de los santos glorificados. Y ¡con cuánta ansiedad ha de esperar este pobre Universo la aclamación del Rey del cielo y de la tierra!

He aquí las aclamaciones del Cristo victorioso: en la Cruz, «Consumado es»; en la mañana de su resurrección: «Regocijense». Él ascendió a los cielos con una aclamación de triunfo, estando sujetos a Él ángeles y principados y poderes. Él volverá con aclamación para recoger a los suyos, y por último las aclamaciones del Rey, cuando todas las cosas sean puestas bajo sus pies.

ARNO C. GAEBELEIN.

El Nuevo Testamento

con notas destinadas a poner de relieve las verdades esenciales que él encierra, redactadas por el pastor Faivre, y traducidas al español por J. T. de la Cruz.

Interesante para estudio y consulta. De venta en la Librería Nacional y Extranjera Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Precio: 1,50 pesetas.

Mucho después de la muerte de estos doce hombres, Dios escogió los hijos de uno de ellos, Leví, para que fuesen sacerdotes. Ellos habrían de vivir cerca de la casa de Dios y ocuparse de los sacrificios y demás tareas del tabernáculo. Porque a ellos les fué dado este gran honor, Dios no les dió parte de la tierra para su posesión, como hizo con las otras tribus. Por eso se quedó un lugar vacante, y así Dios escogió a dos hijos de José, cuyos nombres eran Efraín y Manasés para que tomaran el lugar de Leví y de José. De manera que hablamos de las tribus de Efraín y Manasés, pero no de la tribu de José o de Leví. Los hijos de Leví fueron llamados más tarde Levitas, y el libro del Levítico es derivado de Leví.

DICE LA BIBLIA...

Preguntas y Respuestas.

Pregunta.

¿En qué día de la semana fué crucificado nuestro Señor? Se ha aceptado el viernes como el día de su crucifixión; pero si esto es así ¿cómo podría haber estado tres días y tres noches en el sepulcro, según sus palabras en Mateo, cap. XII, 40?

Respuesta.

Es verdad que la Iglesia y la tradición han aceptado el viernes como el día de la crucifixión de nuestro Señor Jesucristo; pero si escudriñamos las Escrituras, sin duda podremos comprobar que éste no fué el día de su muerte.

Los judíos contaban los días empezando y terminando con la puesta del sol. Teniendo esto en cuenta, es imposible reconciliar los «tres días y tres noches», con la creencia de que Jesús permaneció en el sepulcro desde el viernes hasta el día de resurrección solamente. Si aceptamos las palabras del Señor, no tenemos más que contar hacia atrás tres días y tres noches, empezando con la hora de su resurrección. En Mateo, capítulo XXVIII, 1, leemos: «En el fin del sábado, así como iba amaneciendo, el primer día de la semana, vino María Magdalena, y la otra María, a ver el sepulcro». (V. M.). Cuando estas mujeres vinieron al sepulcro, se lo encontraron vacío porque Jesús ya había resucitado. Su resurrección, entonces, debe de haber tenido lugar después de la puesta del sol del sábado, y contando desde aquí tres días y tres noches hacia atrás, veremos que sería el miércoles, y no el viernes, el día de la crucifixión del Señor Jesucristo.

Veamos ahora, con la Biblia en nuestras manos, nuestro argumento.

Sabemos que Jesús vino a Betania seis días antes de la Pascua (Juan, XII, 1).

El Sábado de la Pascua era el gran día de la fiesta, de cuya fecha empezaban a contar los judíos el tiempo. Este no era el día séptimo del sábado, sino una fiesta movable, cayendo, como es natural, en diferente día cada año. Creemos que puede demostrarse históricamente que Jesucristo fué crucifica-

do en el año 28 A. D., pero aquí nos limitaremos a las Escrituras solamente.

En el orden de los sucesos de aquella semana, Jesús vino a Betania el viernes, el día 9 de Nisan, seis días antes de la Pascua. Él no iba a quebrantar la ley viajando el sábado, así como tampoco la multitud de peregrinos vendría a la ciudad ese día.

El sábado, el día 10 de Nisan, cinco días antes de la Pascua, Jesús se ofreció como el Cordero Pascual (Ex. XII, 3), en su entrada triunfal en Jerusalem (Juan, cap. XII, 12-13), entrando silencioso en el Templo el sábado. El primer día de la semana, el día 11 de Nisan, cuatro días antes de la Pascua, Jesús entró en Jerusalem otra vez limpiando el Templo (Mar. cap. XI, 12-15), esta vez haciendo ruido y trabajando porque no era sábado, después se fué a Betania. El lunes 12 de Nisan, tres días antes de la Pascua, Jesús entró otra vez en Jerusalem, visitando una vez más el Templo y yendo después al monte de las Olivas, habla a sus discípulos (Marc. cap. XI, 20, 27; cap. XIII, 1-5), diciendo que «dos días después» la fiesta de la Pascua tendría lugar (Mar. capítulo XIV, 1). El martes, día 13 de Nisan, dos días antes de la fiesta, Jesús estaba en Betania (Marc., cap. XIV, 3), y sus discípulos vinieron a donde Él estaba (Marc. capítulo XIV, 12), preguntándole dónde prepararían la comida de la Pascua.

El día 14 de Nisan, el día antes de la Pascua, empezando a la puesta del sol, o lo que sería el martes por la noche para nosotros, Jesús y sus discípulos celebraron la fiesta de la Pascua en el aposento alto. Aquella noche la pasó el Señor en el huerto de Getsemaní (Marc. cap. XIV, 26, 46). Y por la mañana Jesús fué condenado (Marc. capítulo XIV, 63-64), entregado (Marc. cap. XV, 1-15) y crucificado. Asombrado Pilato de que Jesús muriera tan pronto, dió su cuerpo a José de Arimatea, que enterró a Jesús en un sepulcro nuevo (Luc. cap. XXIII, 53). «Y era día de la preparación de la Pascua, y el sábado (no el séptimo día, sino el gran Sábado especial) esclarecía» (Luc. XXIII, versículo 54 V. M.).

El día del gran Sábado los príncipes de los sacerdotes vinieron a Pilato pidiendo una guardia para asegurar el sepulcro (Mateo, XXVII, 62-65). Este era el día 15 de Nisan, el gran día del sábado (Juan, capítulo XIX, 31), en cuyo día no se podía hacer ningún trabajo, en aquel año este día fué jueves. El viernes 16 de Nisan, cuando «pasó el sábado» (Marc. cap. XVI, 1), algunas mujeres compraron drogas aromáticas, que no habían podido comprar antes, y pasaron el día preparándolas. El sábado 17 de Nisan, las mujeres descansaron conforme al mandamiento (Luc. cap. XXIII, 56).

Finalizando el sábado, el séptimo día de la semana, al amanecer el primer día de la semana (el sábado después de la puesta del sol, y no el Domingo por la mañana), hubo un terremoto, el ángel quitó la piedra, y Jesucristo resucitó, habiendo estado en el sepulcro tres días y tres noches, según las Escrituras, resucitando, pues, al comenzar el primer día de la semana.

Una cura para la inquietud.

Algunos cristianos nos dicen que vivimos en unos tiempos en que es del todo imposible estar sin preocupaciones. Ellos admiten que los cristianos no deben de inquietarse pero, al mismo tiempo, dicen que no es posible estar tranquilo cuando no hay trabajo, ni dónde encontrarlo, cuando se han perdido los pocos bienes o ahorros que se tenían, cuando hay enfermedades y, en fin, cuando somos todos víctimas de las calamidades por las cuales el mundo atraviesa hoy en día.

Los que así piensan no tienen razón. El cristiano no tiene ningún derecho a vivir intranquilo y preocupado, aunque admitamos que en los días malos también estamos propensos a padecer de esa enfermedad, al menos que ponga otra cosa en lugar de la preocupación ansiosa.

San Pablo nos dice: «Por nada estéis afanosos», que en lenguaje vulgar quiere decir: «No os preocupéis». Pero el apóstol no para ahí, porque sabe que decirle a las gentes que no se preocupen no es remedio suficiente para que dejen de preocuparse. Por eso, sigue diciendo: «Sino sean notorias vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con hacimiento de gracias».

Mirad qué acumulación de términos: ¡Petición, oración, ruego, hacimiento de gracias!

Cuando los tiempos son buenos, no hay que hacer nada para no preocuparse, porque no hay motivos de preocupación. Pero cuando vienen los tiempos malos y la inquietud parece inevitable, es necesario alguna cosa para no caer víctimas de la preocupación.

Primeramente, se requiere hacimiento de gracias al Señor por todas las bendiciones derramadas en el pasado y aun en el presente, aunque malo nos parezca, y después oración y súplica.

La preocupación es un parroquiano malo y requiere la poderosa defensa de la oración, ruego, petición y hacimiento de gracias, para echarla fuera y no permitir que venga a molestarnos. Pero una vez que esta defensa está en poder de nosotros, seremos vencedores, porque, no solamente echaremos fuera de nosotros toda inquietud y desasosiego, sino que también quitará por completo la causa de la preocupación.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN PARA 1935

España y Portugal.

Año	6,— pta
Semestre	3,— »
Paquetes desde 10 ejemplares:	
Trimestre, por ejemplar	1,25 pta
Semestre, por ejemplar	2,50 »
Año, por ejemplar	5,— »

América.

Año	10,— pta
Semestre	5,— »
Paquetes, por ejemplar	8,— »

Los demás países.

Año	12,— pta
Semestre	6,— »

Importante. — Las suscripciones por paquetes se pagan de abonarse NECESARIAMENTE antes de terminar el trimestre correspondiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Beneficencia, núm. 18. - Madrid (4)

TELÉFONO 33590.



INFORMACIÓN EVANGÉLICA

La XXXII Asamblea de la Iglesia Evangélica Española.

Aprovechando la Conferencia de pastores celebrada últimamente en Valencia y por acuerdo de la Asamblea de la Iglesia Evangélica Española del mes de Abril del año 1934, ha tenido lugar la Asamblea de esta Iglesia de carácter extraordinario en dicha ciudad los días 20, 21 y 22 de Marzo, con una asistencia de pastores y delegados verdaderamente numerosa. Tomaron parte en las sesiones veintiocho asambleístas.

Comenzó la Asamblea con un culto solemne de apertura en la Iglesia de San Jaime, cedida amablemente por nuestro queridísimo hermano Rdo. Daniel Regaliza, para éste y todas las demás reuniones. El Presidente de la Comisión Permanente, don Agustín Arenales, dirigió el culto y predicó sobre las palabras de Pablo a Timoteo: «Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina...» (1.ª Tim., IV, 16), haciendo oportunas consideraciones sobre la necesidad del avivamiento personal para poder servir mejor y más eficazmente en el ministerio de la Palabra a los demás; y declaró al final abierta la XXXII Asamblea de la Iglesia Evangélica Española.

En tres sesiones magnas que se celebraron, después de leída la lista de los miembros presentes y ausentes, los diferentes mensajes de Iglesias y Comités y entidades hermanas y las Memorias de las Juntas Regionales, que acusan gracias al Señor evidente progreso espiritual y financiero en todas las congregaciones, se leyeron y discutieron tres ponencias de indudable transcendencia.

La primera a cargo del pastor D. Elías Araujo, sobre el tema: «Nuestro espíritu de sumisión: Reforma de nuestro Reglamento a causa de las nuevas leyes del Estado», después de amplio e interesante debate, dió lugar al acuerdo de que en la proyectada y casi concluida reforma del Reglamento se modifiquen aquellos artículos que se rozan con las disposiciones legislativas en materia religiosa, para ponerlos en consonancia con la vigente Ley de Confesiones.

En la segunda, defendida por el pastor don Claudio G. Marín, sobre el tema: «Espíritu de unión: Liturgia e himnario único», las conclusiones fueron, tras breve discusión, tocante a la Liturgia, que se estudie rápidamente por una Comisión nombrada al efecto, y respecto al Himnario, seguirá el de la Iglesia Evangélica Española hasta tanto que se ponga en vigor el *Himnario único*, que la Conferencia de pastores de Valencia acordó.

«Espíritu de sacrificio: Crecimiento y desarrollo de nuestra Caja Auxiliar...» fué la tercera y última ponencia que defendió el pastor D. Elías B. Marqués, con argumentos y datos de sumo interés, acordándose, después de discutido el asunto extensamente, que se intensifique todo lo que se refiera a la consolidación de la Caja con miras a un fondo central de evangelización, nombrándose un *Comité financiero* que estudie todo el problema en conjunto y en detalles.

Podemos asegurar que el entusiasmo e interés de los asambleístas en todos estos asuntos son garantía firme de que los acuerdos tomados serán efectivos en plazo brevísimo con gran beneficio para un próximo porvenir de nuestra Iglesia Evangélica Española.

En la sesión privada se ventilaron cuestiones de gobierno interior de importancia, que determinaron acuerdos concretos de

realización inmediata; se acordó el mensaje de gracias a los Comités y amigos de nuestra Iglesia, y finalmente fué reelegida la Comisión permanente y que está constituida por D. Agustín Arenales, presidente; don Juan Flíedner, secretario primero; D. Claudio Gutiérrez Marín, secretario segundo; D. Elías B. Marqués, tesorero, y D. José Capó, vocal y vicepresidente.

En la noche del día 22 se celebró, con especial solemnidad, el culto de clausura con la Santa Comunión, de la que participaron también los pastores de la Iglesia Española Reformada, de la Misión de Valdepeñas, los delegados extranjeros y una nutrida representación de la Iglesia de San Jaime. Distribuyeron los elementos los pastores Arenales y Capó, estando el sermón a cargo del primero.

Quiera el Señor bendecir todas estas reuniones para su gloria y bien de la Iglesia Evangélica Española, sobre la cual pesan tan grandes responsabilidades en la hora presente.

La Conferencia Latina.

Después de varios intentos para celebrar en España una conferencia regional de los países latinos adheridos a la Alianza Universal para la amistad internacional mediante las Iglesias, de acuerdo con el Comité español, se convino en celebrarla en Valencia, aprovechando la circunstancia de reunirse en la ciudad del Turia un buen número de pastores que asistían a la Conferencia y a la Asamblea de la Iglesia Evangélica Española, y que de este modo tendrían oportunidad de oír hablar de este movimiento pacifista y despertar mayor interés en favor de este movimiento entre las Iglesias evangélicas de España.

Ha sido una buena nota digna de ser destacada entre los trabajos llevados a cabo en la Semana de Valencia, esta reunión celebrada por los delegados extranjeros y los españoles para tratar de un asunto tan importante como es el de la paz.

Hablar de paz hoy que el mundo siente el latido trágico de los rumores de guerra es algo necesario, siquiera sea para alentar el espíritu y alejar por unos momentos el pesimismo del alma; pero la solución de todo está en las manos de Dios y en la buena o mala voluntad de los hombres.

La Conferencia no ha tenido la importancia que se esperaba, tanto por no haber asistido alguna de las delegaciones nombradas, como la de Portugal, cuanto por no haber permitido las circunstancias celebrar una reunión pública en alguna sala de

espectáculos. A última hora, también anunció su imposibilidad de asistir el Secretario general M. Henriod, de Ginebra.

La delegación francesa estaba formada por el pastor Julio Jezequiel, incansable propagandista de la paz y uno de los cuatro secretarios para Europa, y D. Jacobo Delpech. La delegación italiana la constituían el pastor Paride Fava, superintendente de la Iglesia Metodista de Italia y el eminente jurisconsulto Cesare Gay. Y la representación española la formaban D. Agustín Arenales, D. Daniel Regaliza, D. Juan Flíedner y D. Fernando Cabrera, presidente, vicepresidente, tesorero y secretario, respectivamente del Comité Español de esta Alianza. Asistían también a esta Conferencia todos los pastores que a la sazón se encontraban en Valencia.

La sesión de apertura de esta Conferencia tuvo lugar el jueves, día 21 de Marzo, a las tres de la tarde, en la Iglesia de San Jaime, y después de las saluciones de rúbrica y de constituida la Mesa de la Conferencia, se trató el tema propuesto, que era *La libertad de conciencia y de cultos en los países representados*, hablando de la situación político-religiosa de Italia el pastor Fava, y de la situación de España el pastor Cabrera.

En las dos sesiones siguientes se trataron los asuntos que figuraban en el programa, y a pesar de lo limitado del tiempo, se hizo buena labor y se pronunciaron tan

interesantes como bien fundamentados discursos, que dieron lugar a una viva y provechosa discusión.

El pastor Jezequiel, con su acostumbrada pericia y galanura de estilo, habló en las tres reuniones sobre distintos caminos o métodos que pudieran emplearse con ventaja para fomentar la paz entre los pueblos y relató algunos resultados prácticos obtenidos por cuantos trabajos en favor de la paz realizan las Iglesias y sus delegados. No nos es posible dar en breves líneas ni siquiera los asuntos principales que el pastor Jezequiel desarrolló ante los asambleístas; pero baste decir que sus conferencias fueron amenas y francamente evangélicas y aportaron a nuestro corazón ideas optimistas, a pesar del ambiente actual que oprime a todo el mundo.

Los delegados italianos, en su lengua materna, tan fácil de entender para los españoles, saludaron a todos los reunidos con palabras de acendrado compañerismo e hicieron fervientes votos por el anhelado triunfo de la paz.

El pastor de Alicante, D. Franklin Albricias, se mostró como un incansable y correctísimo traductor del pastor Jezequiel. El Dr. Orts, recogiendo algunas ideas del pastor Jezequiel, habló clara y enérgicamente sobre algunas de las cosas que se oponen a la paz entre los hombres y declaró rotundamente que la paz será una realidad cuando la persona de Cristo sea la que viva en el corazón humano y se manifieste por una conducta cristiana. El pastor de Málaga, D. Claudio Gutiérrez Marín, pronunció un discurso sobre el tema «El desarme moral», indicando entre otras ideas que lo primero y necesario para acabar con las guerras es buscar el sitio donde radican las causas de las mismas, es decir, el corazón. Mientras el corazón humano, que es el centro de la vida, no se regenera y el hombre no sea un nuevo hombre, la amenaza de la guerra será siempre una realidad constante. Señaló la responsabilidad que las Iglesias cristianas y sus pastores tienen ante Dios en este problema de la paz y la necesidad de predicar el Evangelio, que es el gran mensaje de paz para todos los hombres. También afirmó que las Iglesias deben procurar que cambien los conceptos de patria y de prójimo, haciéndolos siempre compatibles con el ideal cristiano y atacando los conceptos raciales que el fanatismo convierte en anticristianos.

Por último, señalamos las palabras entusiastas del pastor D. Agustín Arenales en favor de la paz y del trabajo que nuestras Iglesias deben llevar a cabo, por ser ésta una misión muy relacionada con toda labor evangélica.

En resumen, que unos cuantos hombres de buena voluntad, representando sin duda alguna el deseo ferviente de paz que llena el corazón de millones de criaturas en el mundo, han hablado de lo mucho que se hace y se piensa aún hacer para que el terrible azote de la guerra deje de inquietar los corazones y sea, en el mañana, únicamente un recuerdo trágico, que pasó para no volver.

Esperamos que nuestros ilustres amigos del extranjero llevarán buenas impresiones de esta Conferencia, y de la excelente acogida dispensada a sus palabras, como se lo habrán probado los aplausos que les fueron calurosamente otorgados.

ESPAÑA

Elche de la Sierra
o un alcalde como hay muchos.

No es este el título de un romance caballeresco, ni el nombre de un drama de Calderón, sino el de un pueblo, de un pueblecito de la provincia de Albacete, donde existe un grupito de vecinos que profesan la fe evangélica, y que en uso de un perfectísimo derecho quisieron abrir un local para el ejercicio de su religión. Pero no contaron con la huésped, que en este caso era el alcalde, el cual prohibió la apertura del local. Nuestros hermanos se entrevistaron entonces con el gobernador de la provincia, el cual les dijo que daría órdenes al alcalde para que se abriera la capilla. Pero el monterilla de Elche de la Sierra, poniéndose por ídem al gobernador, dijo «que mientras él fuese alcalde del pueblo, allí no se abriría ninguna capilla protestantes». De nuevo se propusieron los amigos ver al gobernador, pero esta vez no lo consiguieron: el gobernador no estaba nunca visible.

Agotados ya todos los trámites legales, el presidente de la Alianza Evangélica Española puso el caso, con todo detalle, en conocimiento del ministro de la Gobernación.

Dos días después surgía la crisis. Nuevo ministro de la Gobernación.

Volveremos a andar el camino otra vez.

UN FAVOR

señaladísimo nos harán los abonados de paquetes pagando el importe del primer trimestre (ya vencido) antes del 30 del mes actual. Esperamos que no serán necesarias nuevas advertencias.

Noticia importante.

El doctor James Kelly, secretario general de la Asociación Mundial de las Escuelas Dominicales, espera estar en Barcelona el 29 y 30 de Abril, y en Madrid el 2 y 3 de Mayo. El objeto de su venida es promover la obra de las Escuelas Dominicales en España. Para ello, hablará en Barcelona y en Madrid a los pastores que se reúnan; suplicará a dichos pastores que reorganicen el Comité Nacional, dándole la mayor representación posible de la obra protestante de España. Dicho Comité dirigirá el trabajo del joven Antonio Serrano, que va a dedicar por algunos años todo su tiempo a las Escuelas Dominicales de España, y ha de procurar la publicación de literatura apropiada para la Escuela Dominical. Sería

muy laudable y beneficioso que acudieran a dichas reuniones el mayor número posible de pastores, maestros y superintendentes de las Escuelas Dominicales. Los pastores que no puedan acudir y se interesen por la mejor marcha de las Escuelas Dominicales y esperen más tarde recibir los servicios del joven Antonio Serrano y del Comité Nacional, bajo cuya dirección ha de trabajar, harían muy bien en manifestar sus ideas y deseos por medio de carta, para aliento y guía del Comité Nacional y para conocimiento del doctor Kelly. Las cartas pueden dirigirse al Rdo. José Capó (Prevenza, 373, cuarto A, Barcelona), o al reverendo Juan Orts González (Bella Vista número 41, Málaga). Cualquiera de los dos pondrá en conocimiento del Comité Nacional las cartas que se reciban.

Llamamiento misionero.

La Misión Metodista de Fernando Pó en la cual han trabajado ya varios profesores españoles y en la cual trabaja nuestro querido amigo D. Victorino Apellániz necesita urgentemente añadir a su personal un maestro español.

Los jóvenes que estén en posesión del título de maestro (o los que, sin tenerlo, se sientan suficientemente preparados y con vocación misionera), pueden dirigirse para informes a D. Adolfo Araujo, Federico Bart, 2, Madrid.

Se precisará un certificado médico favorable para trabajo en aquel clima.

Liga del Nuevo Testamento de bolsillo.

Es esta una asociación mundial de la cual forman parte todos aquellos que se propongan leer un capítulo de la Biblia cada día y llevar siempre consigo un ejemplar del Nuevo Testamento.

La idea fué iniciada por la esposa del Sr. Alexander, el renombrado director del canto en las grandes misiones de evangelización realizadas por el doctor Chapman y sus colaboradores. La asociación se organizó oficialmente en Filadelfia, Estados Unidos, en 1908, y se ha extendido rápidamente por todo el mundo, contando actualmente con centenares de miles de miembros en diferentes países de todos los continentes.

Tiene la representación en España de este movimiento la señorita doña María Wilson, de la Misión Evangélica Española, Alcázar de San Juan (Ciudad Real), quien atenderá gustosa las comunicaciones que se le hagan acerca de la asociación y sus fines. La señorita Wilson dispone de una cantidad limitada de Nuevos Testamentos, y ofrece un ejemplar gratis, hasta que se agoten, a los que lo soliciten con el propósito de llevarlos siempre consigo y de leer diariamente un capítulo de la Biblia, como lo hacen los que desean afiliarse a la Liga.

Las señas de la señorita Wilson son: Primera Travesía de Salamanca, 9, Alcázar de San Juan (Ciudad Real).

DOMINGO SIMÓN PEÑA

Sastre.

Ofrece su nuevo domicilio
a su distinguida clientela.

Mariana Pineda, 14 y 16, pral.

MADRID

ESCUELA DOMINICAL

Domingo 21 de Abril.

La vida futura.

Luc., XXIV, 1-12; Juan, XIV, 1-6.

TEXTO ÁUREO: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. — Juan, XI, 25.

TÍTULO: Jesús vuelve a vivir.

1) PROPÓSITO: Explicar a la clase lo que significa la resurrección.

2) INTRODUCCIÓN: Háblese de la resurrección de las semillas; de la transformación del gusano en mariposa, etc.

3) LA LECCIÓN: Estúdiese la lección explicando como las mujeres fueron al sepulcro esperando ungir el cuerpo del Señor. Cítense las pruebas que existían de su muerte. La desaparición del cuerpo. La imposibilidad de que los discípulos robaran el cuerpo. La guardia romana y la tumba sellada. Háblese del mensaje de los ángeles. Mencíonense las diferentes ocasiones en que Jesús resucitado se apareció a sus discípulos. Discútase la transformación de los discípulos por medio de la resurrección: de cobardes en valientes, aun listos para morir por su Señor resucitado. Enumérense las promesas de Cristo contenidas en la última parte de la lección. Demuéstrese que la más grande seguridad que los cristianos tenemos de la vida futura está fundada sobre la resurrección.

Domingo 28 de Abril.

Las Sagradas Escrituras.

Sal., XIX, 7-14; 2.ª Tim., III, 14-17.

TEXTO ÁUREO: ¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación. — Salmo CXIX, 97.

TÍTULO: El Libro que Dios nos dió.

1) PROPÓSITO: Demostrar qué libro tan maravilloso es la Biblia.

2) INTRODUCCIÓN: Preséntese la Biblia y pregúntese a la clase cuántos conocen ese libro. Procúrese que los niños citen cuantos libros conocen de la Biblia y si es posible anímeseles para que los aprendan todos de memoria por su orden; que mencionen las historias que más les gustan y digan por qué la Biblia es el libro de Dios.

3) LA LECCIÓN: Será muy interesante para los niños saber algunos datos acerca de su Biblia. Los libros que contiene; en cuántos años se escribió; los autores que la escribieron; el origen de sus escritos; asuntos que tienen su principio en el Antiguo Testamento y su cumplimiento en el Nuevo. La extensa demanda de la Biblia; en cuántos idiomas ha sido traducida; qué territorio ha recorrido; cuántos hombres han perdido la vida por su amor a la Biblia. Cítense algunas de las enseñanzas de David acerca del Libro de Dios; de Jesús, de Pablo, de los apóstoles, etc.

4) ILUSTRACIONES: Si se puede relátese la historia de María Jones y su Biblia, que dio por resultado la organización de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, la cual ha impreso y distribuido millones de ejemplares en cientos de idiomas.

DE LA OBRA EN ESPAÑA... HACE SESENTA AÑOS

Carta de Córdoba.

Sr. D. Juan B. Cabrera. Mi querido amigo: Al dar a usted cuenta, como lo hago, de un hecho ocurrido en esta población, no me propongo evidenciar ritos y ceremonias de otras religiones y mucho menos comentar lo que no me atañe; pero nuestra Iglesia ha servido de refugio a los que cual Uza no fiaban en el poder de Dios, y bueno es se haga público el respeto que aun en conflictos extremos se tiene a nuestra casa de oración.

El viernes santo se dió principio en esta Iglesia que humildemente dirijo, y a las siete de la noche, a la conmemoración de las Siete Palabras que pronunció nuestro Divino Redentor en estado de agonía. Estando desarrollando la tercera y en ocasión que decía: «El sublime Jesús está solo, los discípulos le abandonan, Pedro le niega, Judas se ahorca, los débiles tiemblan, los fuertes esperan los resultados, y cuando acude al amparo no lo encuentra, busca a Dios, busca a su Padre, etc.», se oye de la parte de fuera de nuestro templo ese pavoroso estruendo que produce el cerrar violentamente puertas y balcones, los gritos, ayes y lamentos de mujeres asustadas, las carreras de hombres que huyen de un peligro, tomando mayores proporciones cuando esto se verifica en medio de una lujosa y muy asistida procesión. ¡Contraste admirable formaban los acompañantes abandonando (como los discípulos de Cristo) las andas de cristos, vírgenes y sepulcros, con el silencio de más de 500 personas reunidas en la Iglesia, pendientes de la voz del predicador! Y estoy seguro no se hubiera interrumpido, aunque fué muy poco, a no haberse entrado corriendo impulsados por el instinto de conservación una gran multitud, ¿de qué?, desearán saber nuestros lectores, pues era de sayones, que aunque impropriamente, se les da aquí el nombre de nazarenos, por titularse la cofradía a que pertenecen del Nazareno, su traje desmiente ese título, pues visten como una toga ceñida de larguísima cola, careta, y un cucurucho a la cabeza, plagio del que nos describe la historia usaban los agoreros o adivinos.

Estos hombres, que a pesar de entrar de tropel, respetaron el local, pues se quitaron el antifaz, conmovieron, como era natural, a los cristianos, que, ignorando lo que era, se prevenían a la defensa obedeciendo todos a mi voz, que desde la tribuna llamé al orden, por más que veía al conserje arrojar a empellones a aquel diluvio de personas humanas; vista la obediencia, me despojé de la toga y salí a la puerta, donde uno de los nazarenos me dijo estas palabras: «No tenga usted cuidado, señor Pastor, nada va con ustedes, es que nosotros nos entramos por librarnos de los palos que por ahí se reparten».

A los cinco minutos se restableció la completa calma y yo continuaba mi tarea de

predicación, que terminó como si nada hubiera sucedido. Como sean varias las versiones de lo que produjo el desbarajuste de la Santa procesión del Santo entierro, ignoro las causas, sólo se decía que a las diez de la noche, que concluimos nuestro culto, todavía se veían por la calle despojos de aquel andal cataclismo, cirios abandonados, túnicas rotas, cristos almacenados y otras señales.

Ayer, Domingo de Pascua, se celebró la Santa Comunión, y no puedo decir cuánto hubo más asistencia, pues creo pasaron de 550 personas las que había: respeto admirable, atención profunda.

Suyo afectísimo amigo y hermano, Antonio Sánchez.

El Jueves Santo en la noche se celebró la Cena del Señor en la Iglesia del Redentor, sita en la calle de la Madera Baja, de esta ciudad. El pastor, señor Trigo, auxilió al señor Cabrera en la distribución de los elementos, de los cuales participaron unos ciento cincuenta fieles. Una concurrencia numerosa llenaba toda la Iglesia, reinando el más profundo recogimiento, hijo de la devoción que anidaba en todos los corazones.

Con igual concurrencia y con mayor recogimiento, si cabe, se celebró el culto del Viernes Santo, de doce a tres de la tarde, habiendo predicado el señor Cabrera sobre las Siete Palabras de Jesucristo en la cruz.

Sabemos también que la Santa Cena fué celebrada el Viernes Santo, en la Iglesia del Salvador, calle de Leganitos, y el Domingo de Pascua en la Iglesia de Jesús, calle de Calatrava, con grande asistencia de fieles, y en medio de la mayor devoción y compostura.

El Señor habrá bendecido sin duda alguna estos cultos, los cuales son una muestra de la religiosa vitalidad de los cristianos evangélicos de Madrid. — (La Luz, de 3 de Abril de 1875. En el mismo número se publicaron cartas muy interesantes sobre los cultos celebrados en Cuaresma y Semana Santa, en Sevilla y Barcelona.)

NOTAS BREVES

Iglesia Evangélica Independiente, Madrid. — El 28 de Marzo se celebró en esta Iglesia el matrimonio religioso del pastor de la misma, D. Antonio Rodríguez, con la señorita Juliana Jiménez y Jiménez. Bendijo la unión el Rdo. Zacarías Carles Just, el cual dirigió a los contrayentes una sentida exhortación. Deseamos a los recién casados toda clase de bendiciones del Señor.

Iglesia Española Reformada, Valladolid. — El 18 de Marzo fué bautizada una niña, a quien se puso el nombre de Elena, hija de D. Manuel Borobia Mayorga y de D.ª Carmen Rosiach. Fueron padrinos don Enrique B. Mayorga y D.ª Antonia Díaz. Que el Señor bendiga a la nuevo miembro de su grey y a los padres.

Cultos y sermones de Semana Santa y Pascua en las Iglesias Evangélicas de Madrid.

Iglesia de Jesús.

CALATRAVA, 25.

Domingo de Ramos.

A las once de la mañana, *La triunfal entrada en Jerusalem.*

Jueves Santo.

A las ocho de la noche, *Hacia Gethsemani.*

Viernes Santo.

A las once de la mañana, *Camino del Calvario.*

A las ocho de la noche, *Al pie de la cruz.*

Sábado de Gloria.

A las ocho de la noche, *Ejemplo os he dado.*

Domingo de Resurrección.

A las once de la mañana, *Camino de Santidad: camino nuevo y vivo.*

A continuación serán recibidos los nuevos miembros, mediante la confirmación, y se celebrará la Santa Cena.

Nota.—Los cultos empezarán puntualmente y en todos ellos se cantarán himnos y coros a cuatro voces.

•••••

Iglesia del Salvador.

NOVICIADO, 5.

Domingo de Ramos.

A las once de la mañana y a las ocho de la noche.

Jueves Santo.

A las ocho de la noche, sermón de Pasión.

Viernes Santo.

A las once de la mañana, sermón sobre Las Siete Palabras.

Domingo de Pascua.

A las once de la mañana y a las ocho de la noche.

•••••

Iglesia de Chamberí.

TRAFALGAR, 34.

Solemne misión durante la Semana Santa. Predicador: D. Samuel Palomeque.

DOMINGO DE RAMOS y DOMINGO DE PASCUA, a las once de la mañana y a las ocho y media de la noche.

MARTES SANTO a VIERNES SANTO, reuniones a las ocho y media de la noche.

•••••

Capilla Evangélica.

FRANCO, 22. CRUZ DEL RAYO.

Domingo de Ramos.

A las siete de la tarde, sermón sobre *Cristo Señor.*

Jueves Santo.

A las siete de la tarde, sermón acerca de *Cristo en Getsemani.*

Viernes Santo.

A las siete de la tarde, sermón sobre *Cristo en la cruz.*

Domingo de Pascua.

A las siete de la tarde, sermón acerca de *Cristo triunfante.*

En todos estos cultos predicará D. Antonio J. Díaz.

•••••

Iglesia del Redentor.

BENEFICENCIA, 18.

Domingo de Ramos.

A las once de la mañana y a las seis de la tarde, predicando en ambos cultos don Fernando Cabrera.

Jueves Santo.

A las seis de la tarde, Culto de Comunión. Predicará D. Fernando Cabrera, sobre *La presencia de Cristo en el Sacramento.*

Viernes Santo.

A las once de la mañana, Oficio del día y sermón sobre *Las Siete Palabras*, por don Luis M. Poveda Navarro.

A las seis de la tarde, Oficio de Pasión y sermón, por D. Fernando Cabrera, sobre *La predicación de la cruz. Miserere.*

Domingo de Pascua.

A las once de la mañana y a las seis de la tarde, predicando, respectivamente, don Adolfo Araujo y D. Fernando Cabrera.

El próximo número de ESPAÑA EVANGÉLICA se publicará, Dios mediante, el jueves día 25 de Abril.

Cuando haya leído este periódico, no lo tire; envíelo a algún conocido.

JOYAS ENGASTADAS

Ofrezco los siguientes restos de ediciones, recientemente encuadernados en tela, con título dorado.

Ptas.

- Manual de Controversia o Refutación del Credo del Papa Pío IV**, 176 páginas. **2,50**
- Jesucristo y su Obra**, por F. Godet, versión española por Felipe Orejón, 168 páginas. **2,50**
- La Cautividad Babilónica de la Iglesia**, por el Dr. Martín Lutero, 1520, primera versión española, 132 páginas. **3,00**
- Teodoro Fliedner**, Padre de las Diaconisas, 200 páginas. **3,50**
- Carolina Fliedner**, Madre de las Diaconisas, 184 páginas. **3,50**
- De la Educación Intelectual, Moral y Física**, por Herbert Spencer, 246 páginas. **4,50**
- La Religión y las Ciencias Naturales**, por F. Bettex. Versión española por Manuel Carrasco, 234 páginas. **5,00**
- Fragmentos y ensayos**, de Javier Galvete, estudios acerca de las reformas sociales y religiosas en el Extranjero con miras a la solución de estos problemas en España, 360 pág. **5,00**
- Las Enseñanzas de Roma y la Palabra de Dios**, obra traducida del francés. Bayona, 1868. 123 páginas. **1,50**

De las siguientes obras quedan pocos ejemplares y en papel amarillento a causa de la acción del tiempo:

Héroes Españoles de la Fe, Cuadros de la Reforma, por E. Christ, 340 páginas. **3,50**

El Gran Dilema: Cristo se da testimonio a sí mismo o se acusa a sí mismo, por Enrique B. Ottley, 140 páginas. **1,50**

JUAN FLIEDNER

Calatrava, N.º 25. Madrid (5)

LOS AMIGOS GENEROSOS

Hemos recibido muy agradecidamente los siguientes donativos para ayudar a la publicación de este periódico:

	Pesetas
Amigos de Dinamarca	79,75
Raquel San José, Huelva	2,00
Jaime Casals, Alcarraz	1,00
Leonor Pérez, Barcelona	1,00
Luis Mena, San Sebastián	4,00
Antonio de Diégón, San Sebastián	4,00
Antonio Morlans, Jaca	4,00
Sebastián Villar, Murcia	4,00
Jaime Rennes, Barbastro	1,00
Victorino Marrugal, Monzón	1,00
Gabriel Perret, Torrelavega	19,00
Pedro de Vegas, Córdoba	2,00
Vicente R. López, Lugo	2,00
Francisco Lobo, Puerto de Santa María	2,00
Carolina Bautista, Sanlúcar	2,00
Rafaela Linares, Madrid	2,00
José Pineda, Madrid	2,00

TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
ALAMEDA, 12-MADRID